

INFORMACIÓN Y DESINFORMACIÓN SOBRE LOS ORÍGENES DE LA PANDEMIA¹

MAR LLERA

Universidad de Sevilla

La reciente irrupción de Li-meng Yan, científica china que denuncia el nuevo coronavirus SARS-CoV-2 como un producto de laboratorio, ha causado un gran escándalo mediático. Quienes se han hecho eco de sus tesis —entre ellos, la cadena estadounidense FOX y el programa de Iker Jiménez en la cadena española TeleCinco—, han recibido un alud de críticas por dar voz a una «teoría conspiracionista». Para muchos, prueba irrefutable de su carácter *fake* es el respaldo que le presta la Rule of Law Foundation, del polémico magnate y opositor chino Miles Guo, y del asimismo controvertido Steve Bannon, próximo a la figura de Donald Trump. A esto hay que sumar la demoledora crítica de una parte de la comunidad científica, que ha recibido notable eco en plataformas antibulo como Neutral, Maldita o Verificat.

Ahora bien, el hecho de que una persona individual que no ocupa ninguna posición de poder se haya atrevido a denunciar abiertamente, a cara descubierta y con elaborados razonamientos, a organizaciones y científicos concretos como responsables de la COVID-19 merece, sin ninguna duda, atención mediática e investigación académica. Zanzar el debate con el argumento de que todo es un bulo podría resultar en una nueva forma de censura, tan patética y autoritaria como cualquier otra.

No olvidemos que esta denuncia tiene un valor diferencial: se enfrenta nada menos que a la dictadura china, segunda potencia mundial, y como veremos, implica también a relevantes organizaciones norteamericanas. En definitiva: es un desafío en toda regla al *statu quo*.

Cualesquiera sean sus motivaciones últimas, constituye un hecho incuestionable que Li-Meng Yan ha

renunciado a su familia, su trabajo y su libertad por llevar a cabo esta denuncia. A nadie escapa que, además, se está jugando la vida.

En los últimos años y hasta abril de 2020, Li-meng Yan ha trabajado como investigadora posdoctoral en la Escuela de Salud Pública de la Universidad de Hong Kong². En abril de 2020, la científica huyó a Estados Unidos gracias al apoyo de la Rule of Law Foundation, porque temía por su vida tras haber alertado a sus superiores de que existían claros indicios de transmisión del SARS-CoV-2 *persona a persona*, además de graves deficiencias en la gestión de la pandemia por parte de las autoridades chinas. Los responsables del laboratorio no sólo no actuaron en consonancia con las advertencias de la doctora, sino que le recomendaron guardar silencio y no cruzar ninguna línea roja, porque corría el riesgo de desaparecer como tantos otros *whistleblowers* en China.

Desde su particular exilio, Li-meng Yan ha publicado dos informes (*versión preprint*) en el repositorio Zenodo, con el patrocinio de la Rule of Law Society y la Rule of Law Foundation, anteriormente mencionada. El primero ofrece una exposición ordenada y argumentada del origen del virus SARS-CoV-2, con abundantes evidencias, datos, gráficos y referencias a otras investigaciones. Tanto en España como en el extranjero se han publicado estudios científicos, metodológicamente rigurosos, en consonancia con las tesis de la experta disidente. Sin embargo, una parte muy relevante de la comunidad académica ha desechado de plano sus argumentos, sosteniendo que no son científicos.

El segundo informe completa la perspectiva con una sucesión de indicios y sospechas sobre cómo se han falseado los datos acerca del SARS-CoV-2. De su

1. Este artículo es una versión reducida de un trabajo más extenso que puede leerse en www.mounier.es.

2. Division of Public Health Laboratory Sciences, School of Public Health, LKS Faculty of Medicine, Hong Kong University.

formato se deduce que la autora posee un conocimiento directo de los investigadores y las prácticas presuntamente fraudulentas que constituyen su objeto de consideración. El título de este trabajo ha provocado todavía un mayor escándalo que el primero: «El SARS-CoV-2 es un arma biológica sin restricciones: Una verdad revelada a través del descubrimiento de un fraude científico organizado a gran escala». El tenor de las aseveraciones de Yan y sus colegas es de tal alcance y gravedad que, si bien no debería desestimarse, merece una prudente consideración.

Uno de los aspectos menos conocidos por el gran público sobre las revelaciones de Yan es que éstas implican directamente a un significativo número de científicos vinculados a organizaciones occidentales, figuras de prestigio con gran capacidad de influencia a nivel mundial en las esferas política y académica. En las dos últimas décadas el régimen chino ha desarrollado una importante labor de atracción del talento occidental, captación de sus élites y colaboración tanto financiera como técnica con los mejores centros de investigación estadounidenses y europeos, lo que se conoce como *sharp power*. La magnitud de esta sinergia es tal, que muchos científicos occidentales construyen sus carreras profesionales a partir de programas conjuntos con homólogos chinos y estrategias de cooperación a largo plazo sobre una lógica de beneficios compartidos —la célebre estrategia *win-win*—, de modo que lo que favorece a China, les favorece también a ellos, y lo mismo sucede con lo que le perjudica.

«Tras la irrupción del SARS en 2003, China es el país que más ha avanzado en la investigación sobre coronavirus. Nuestros laboratorios ostentan el liderazgo en esta materia. Muchos científicos estadounidenses y europeos desarrollan sus análisis sobre las evidencias que nosotros les proporcionamos» sostiene Yan, quien destaca como figuras claves en su laboratorio a tres científicos: Malik Peiris, Leo Poon y Keiji Fukuda:

Con Malik Peiris he mantenido una relación personal. Resulta revelador que dimitiera como co-director del equipo de investigación del Instituto Pasteur en la Universidad de Hong Kong nada más conocer mi huida. En mi laboratorio, Malik ha llevado a cabo experimentos que no están legalmente permitidos. Aunque podía haber solicitado permiso para llevarlos a cabo, no lo hizo. ¿Por qué? Se trata de una figura próxima al Partido Comunista Chino; ha colaborado con sus autoridades para controlar la narrativa sobre el origen de la pandemia y ocultar información relevante. En diciembre de 2019 ya se tenía constancia de la transmisión del virus de persona a persona, por-

que se habían detectado *family clusters*, infecciones grupales en el seno de las familias, lo cual constituye un claro indicador al respecto. Yo recibí información el día 31 de ese mismo mes y la transmití a los responsables del laboratorio, pero se encogieron de hombros.

La CNN ha ratificado las sospechas de Li-Meng Yan al sacar a la luz *The Wuhan Files*, 117 páginas de documentos filtrados procedentes del Hubei Provincial Center for Disease Control and Prevention donde se pone de manifiesto la opacidad del régimen chino y su deficiente gestión de los estadios iniciales de la pandemia.

El 9 de enero, la división del Pacífico Occidental de la Organización Mundial de la Salud (OMS) publicó en su web y difundió a través de Twitter lo siguiente: «Según las autoridades chinas, el virus en cuestión puede causar una grave enfermedad en algunos pacientes y *no* se transmite fácilmente entre personas». La transmisión entre humanos no fue reconocida hasta el 20 de enero, una demora que favoreció la expansión nacional e internacional de la epidemia.

En esta trama de desinformación y ocultamiento, también ha desempeñado un papel crucial el Centro de Enfermedades Infecciosas Emergentes vinculado al Instituto de Virología de Wuhan (CEIE-IVW) y dirigido por Zhengli Shi, «la mujer murciélago» —llamada así por su larga trayectoria de investigación sobre coronavirus en estos animales. El IVW es uno del selecto grupo de laboratorios mundiales con el máximo nivel de bioseguridad (*Biosafety-level-4: BSL-4*). Su directora se ha exonerado a sí misma de toda responsabilidad ante la televisión oficial del régimen chino CGTN, pero tanto ella como su equipo han declinado responder a las cuestiones planteadas desde la revista *Nature*, más específicas y, por tanto, más difíciles de responder. Por otra parte, el New York Post se ha hecho eco de que la base de datos del CEIE-IVW fue sustancialmente alterada el 30 de diciembre de 2019, víspera de la fecha en que la OMS recibió información del brote de Wuhan. Semanas más tarde, el 3 de febrero de 2020, Zhengli Shi publicó un artículo que aporta evidencias a favor del origen natural del SARS-CoV-2. Este trabajo ha servido de referencia a la comunidad científica, marcando las directrices de investigaciones posteriores.

El gobierno chino ha utilizado su prestigio para presentarla como una fuente creíble desde la irrupción de la pandemia. Shi ha fabricado pruebas falsas a fin de encubrir la verdad, confundiendo a la comunidad científica respecto de los orígenes del SARS-Covid-2. Pero ella no es la principal responsable de esta ope-

ración, es una pieza subordinada a la jerarquía del régimen. Y sabe que, si en algún momento tiene que rodar alguna cabeza, la suya será la primera. Por eso se ha lanzado a publicar todo tipo de «fabricaciones» que la exoneran de su responsabilidad criminal.

Yan pone el foco de atención en el virus RaTG12, una falsificación de Shi para desviar la atención sobre el verdadero origen de la COVID-19: «Nadie ha visto ninguna muestra real de tal virus. No podemos saber si existe, porque lo único que nos ha llegado es la secuenciación de su genoma».

Li-Meng Yan sostiene que los responsables últimos de la irrupción de la COVID-19 van más allá de Zhengli Shi y sus colegas en Wuhan. Apunta a una responsabilidad compartida por los altos cargos del régimen chino y pone el foco en el estamento militar, denunciando que los virus de Zhoushan (ZXC21 y ZC45) han sido utilizados como plantilla para la producción de un nuevo virus (SARS-CoV-2) a través de mecanismos de ingeniería genética. Yan recuerda que estos virus fueron descubiertos en dos laboratorios militares vinculados a la Third Military Medical University (Chongqing, China) y al Research Institute for Medicine of Nanjing Command (Nanjing, China).

En un nivel de intermediación entre las autoridades y la comunidad científica sitúa al virólogo Linfa Wang, de quien destaca una temprana relación con el Partido Comunista Chino. Wang actualmente preside el comité científico del Instituto de Virología de Wuhan (IVW), y es miembro de múltiples comités de la OMS dedicados a la COVID-19. Además, dirige el programa de Enfermedades Infecciosas Emergentes en la Duke-NUS Medical School de Singapur.

Muchos estudios de Linfa Wang y su equipo han sido respaldados por EcoHealth Alliance (EHA), una organización no gubernamental internacional con sede en Nueva York, presidida por Peter Daszak. «EcoHealth Alliance lidera la investigación de vanguardia sobre la relación entre salud humana, vida silvestre y ecosistemas vulnerables. Con esta ciencia se desarrollan soluciones que previenen pandemias» —explica la organización en su web. EHA trabaja en una treintena de países, entre ellos China y el sudeste asiático, debido a que tal región

abunda en patógenos responsables de enfermedades infecciosas emergentes como el SARS. La entidad ha recibido fondos de múltiples organismos del más alto nivel, entre ellos la U.S. Agency for International Development (USAID) y el National Institute for Allergy and Infectious Diseases (NIAID), que depende de los National Institutes of Health vinculados al gobierno de Estados Unidos.

A raíz de la irrupción de la pandemia, Daszak fue una de las primeras personalidades científicas en pronunciarse sobre el origen del virus. A través de su correspondencia, se ha conocido cómo montó una campaña de apoyo a científicos chinos con los que ha estado «colaborando durante años», que desde el inicio de la crisis sanitaria global son «el objetivo de teorías conspiracionistas». El 6 de febrero de 2020, el presidente de EHA escribió a un grupo de colegas³ —entre ellos Linfa Wang y Ralph Baric—, pidiendo su colaboración para una recogida de firmas que debía aparecer públicamente como iniciativa espontánea de la comunidad científica. «Por favor, tened en cuenta que esta declaración no va a llevar el logo de EcoHealth Alliance y no va a ser identificable como procedente de ninguna persona u organización concretas; la idea es presentarnos como una comunidad de apoyo a nuestros colegas». Entre los posibles firmantes se sugerían los nombres de Malik Peiris, Keiji Fukuda y Leo Poon, superiores de Li-Meng Yan en la citada Escuela de la Universidad de Hong Kong. Únicamente Leo Poon se decidió a firmar. Los demás no sólo no lo hicieron, sino que poco después dimitieron de sus respectivos cargos.

La declaración que Daszak propuso suscribir a sus colegas sostenía lo siguiente: «El intercambio rápido, abierto y transparente de datos en 2019-nCoV (SARS-CoV-2) ahora se ve amenazado por rumores y desinformación sobre el origen de este brote. Estamos juntos para condenar enérgicamente las teorías de la conspiración que sugieren que 2019-nCoV (SARS-CoV-2) no tiene un origen natural. La evidencia científica sugiere abrumadoramente que este virus se originó en vida silvestre, al igual que tantas otras enfermedades emergentes».

Aunque es cierto que desde hace años existen publicaciones científicas sobre la posibilidad de transmisión

3. Dr. Jim Hughes, Professor Emeritus, Emory University.
Dr. Rita Colwell, former Director of National Science Foundation.
Dr. Ralph Baric, Professor, The University of North Carolina, Chapel Hill.
Dr. Linda Saif, Distinguished University Professor, The Ohio State University.
Dr. Billy Karesh, Executive Vice President, EcoHealth Alliance.
Dr. Linfa Wang, Professor, Duke-NUS Medical School.
Dr. Hume Field, Honorary Professor, The University of Queensland.

zoonótica (infección de humanos por parte de animales, incluidos los murciélagos), el contundente juicio de Daszak resulta a todas luces excesivo. La expresión «teorías de la conspiración» es más propia del sensacionalismo periodístico que del rigor que exige la ciencia. Por otra parte, una aseveración tan rotunda y poco matizada en un momento tan temprano de la pandemia, hace pensar en un posicionamiento *a priori* más que en una conclusión científicamente sustentada.

La participación de recursos y científicos estadounidenses en los experimentos que se han llevado a cabo en Wuhan podría explicar el porqué de los cables revelados por el Washington Post al inicio de la pandemia, donde la embajada estadounidense advertía sobre la peligrosidad y la falta de seguridad con que el laboratorio chino desarrollaba su actividad. Parece evidente que, si Estados Unidos no hubiese tenido nada que ver con esos experimentos, los técnicos de la embajada no habrían podido realizar una inspección del laboratorio. La visita tuvo lugar el 27 de marzo de 2018 y el Instituto de Virología de Wuhan (IVW) dejó constancia de ella en su web, manteniéndola hasta principios de abril de 2020. Borró la referencia justo antes de que el Washington Post diera a conocer los mencionados cables.

Li-Meng Yan ha señalado de modo explícito la responsabilidad de Anthony S. Fauci, uno de los mayores expertos mundiales en epidemiología, director de NIH-NIAID (National Institute for Allergy and Infectious Diseases at National Institutes of Health) y asesor de la Casablanca desde tiempos de Ronald Reagan hasta la actualidad. Recientemente, la revista *Newsweek* ha revelado sobre él y su organización informaciones inquietantes.

Fue Fauci quien en 2017 logró el fin de la moratoria impuesta por la administración estadounidense a los experimentos sobre *ganancia de función*. Ésta consiste en hacer los virus más peligrosos, infecciosos y fácilmente transmisibles, para conocer mejor su potencialidad, generando a partir de ahí vacunas y medicamentos con el fin de combatirlos. El levantamiento de la prohibición fue justificado a través del establecimiento de una comisión de evaluación de riesgos. Sin embargo, este organismo ha sido fuertemente criticado debido a la falta de transparencia con que desarrolla sus actividades.

Tras financiar con casi 4 millones de dólares, procedentes de fondos públicos, estudios sobre coronavirus en murciélagos y en otros ámbitos de la vida silvestre, NIAID brindó una ayuda de cuantía similar al desarrollo de investigaciones sobre *ganancia de función*. Tanto el laboratorio de Zhengli Shi como la organización EcoHealth Alliance (EHA) se han beneficiado de estas

ayudas. Sin embargo, el 24 de abril de 2020 NIH-NIAID canceló la financiación de los proyectos de EHA, que se encontraban todavía en curso. El hecho de que el dominio de unión al receptor (RBD) del SARS-CoV-2 se halle optimizado para unirse al receptor humano ACE2 fue juzgado un inquietante indicio. Recordemos que el objetivo declarado de las investigaciones de EHA con el apoyo NIH-NIAID era el siguiente: «Usaremos datos de la secuencia de la proteína S, tecnología de clones infecciosos, experimentos de infección *in vitro* y también *in vivo*, y análisis de la unión al receptor para probar la hipótesis de que unos determinados umbrales porcentuales de divergencia en secuencias de la proteína S predicen el potencial de propagación [de un virus]», es decir, su capacidad para infectar a los humanos.

A pesar del escándalo, EcoHealth Alliance consiguió que pocos meses después la NIH-NIAID le concediera un nuevo subsidio por valor de 7,5 millones de dólares para estudiar —entre otras cosas— la emergencia de coronavirus en el sudeste asiático, como organización vinculada a la red CREID (Centers for Research in Emerging Infectious Diseases).

Otro de los actores-clave en esta trama es Ralph Baric, catedrático en la Gillings School of Global Public Health de la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill. Los experimentos de Baric se remontan a un par de décadas, ya que con ocasión de la crisis SARS de 2003, su laboratorio desarrolló un modo de manipular el genoma del virus con el objetivo de estudiar sus efectos en los mecanismos de infección y replicación. Es un hecho de dominio público que Baric ha colaborado con Zhengli Shi y su centro en Wuhan, contando con financiación de EHA y NIAID. Ambos expertos han llevado a cabo experimentos de *ganancia de función* de virus, destinados a incrementar su virulencia y transmisibilidad, así como la amplitud de rango de sus hospedadores.


Como ya se ha apuntado, debido a su peligrosidad y a la presión de más de 200 científicos, los National Institutes of Health (NIAID) del gobierno estadounidense establecieron una moratoria para este tipo de experimentos entre 2014 y 2017, pero Baric logró soslayar el impacto de tal medida al trasladar sus experimentos al Instituto de Virología de Wuhan (IVW) gracias a la colaboración de Shi. En plena moratoria, el 12 de noviembre de 2015, Declan Butler publicó en el portal de la revista *Nature* un remarcable artículo sobre la controversia en torno a los riesgos de este tipo de prácticas. En él denunciaba la producción por parte del equipo de Baric de una versión híbrida del coronavirus de murciélago, a partir de una proteína del virus SHC014

(habitual en los murciélagos) y el eje vertebral del virus SARS, adaptado para crecer en un ratón. Esta producción quimérica⁴, realizada con técnicas de ingeniería genética, se mostró capaz de infectar las vías respiratorias humanas, generando un potencial hasta ese momento desconocido en el SHC014 de los murciélagos. El entonces director de NIAID, Francis Collins, manifestó que, si bien dicha investigación era vital para fortalecer la seguridad biológica y las políticas de prevención frente a virus, se hacía necesaria una moratoria para evaluar su peligrosidad.

El experimento de Baric fue duramente reprobado por el virólogo Simon Wain-Hobson, del Instituto Pasteur de París, quien advirtió que se había creado un virus que «crece significativamente bien» en células humanas, y que «si escapara, nadie podría predecir su trayectoria». Además de arriesgada, Wain-Hobson subrayó que este tipo de investigación resulta poco funcional, pues apenas revela nada sobre el riesgo real de que el virus SHC014 en su estado natural, no manipulado, pase a los humanos a partir de murciélagos salvajes. Para infectarlos debería evolucionar de un modo muy particular e improbable, sobre el cual no existen evidencias en la realidad. De hecho, cuando el equipo de Baric reconstruyó la secuencia genómica del virus descubrió que éste apenas crecía en células humanas

y que ni siquiera causaba patologías significativas en los ratones.

A partir de estas evidencias, Richard Edbright, biólogo molecular y experto en biodefensa de la Universidad de Rutgers (NJ, USA), concluyó que «el único fruto de este trabajo es la generación de un riesgo nuevo y no natural en un laboratorio». En una entrevista con *The Scientist* de noviembre de 2015, Edbright reveló que una investigación así podía tener consecuencias devastadoras para la raza humana y para muchos otros seres vivos. Por sorprendente que parezca, el propio Baric anticipó esta posibilidad y no pocos «admiran» su capacidad de «haberse anticipado exactamente a lo que está sucediendo ahora con el coronavirus».

Sobre las premisas que estamos presentando, el esclarecimiento del origen de la pandemia exige que se investigue la red completa de colaboradores regulares del Instituto de Virología de Wuhan (IVW). En ella se encuentran implicadas organizaciones y personalidades científicas occidentales del más alto nivel, lo cual puede explicar la connivencia de numerosos actores sociales de prestigio con la posición oficial de China. La Organización Mundial de la Salud no es el organismo adecuado para llevar a cabo una investigación, dada su deficiente gestión de la pandemia y su complicidad con China. 

4. En Biología reciben esta denominación los organismos que resultan de la combinación de células madre de diferentes especímenes.